

DOS NUMEROS POR SEMANA.

Secreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS.

MADRID.

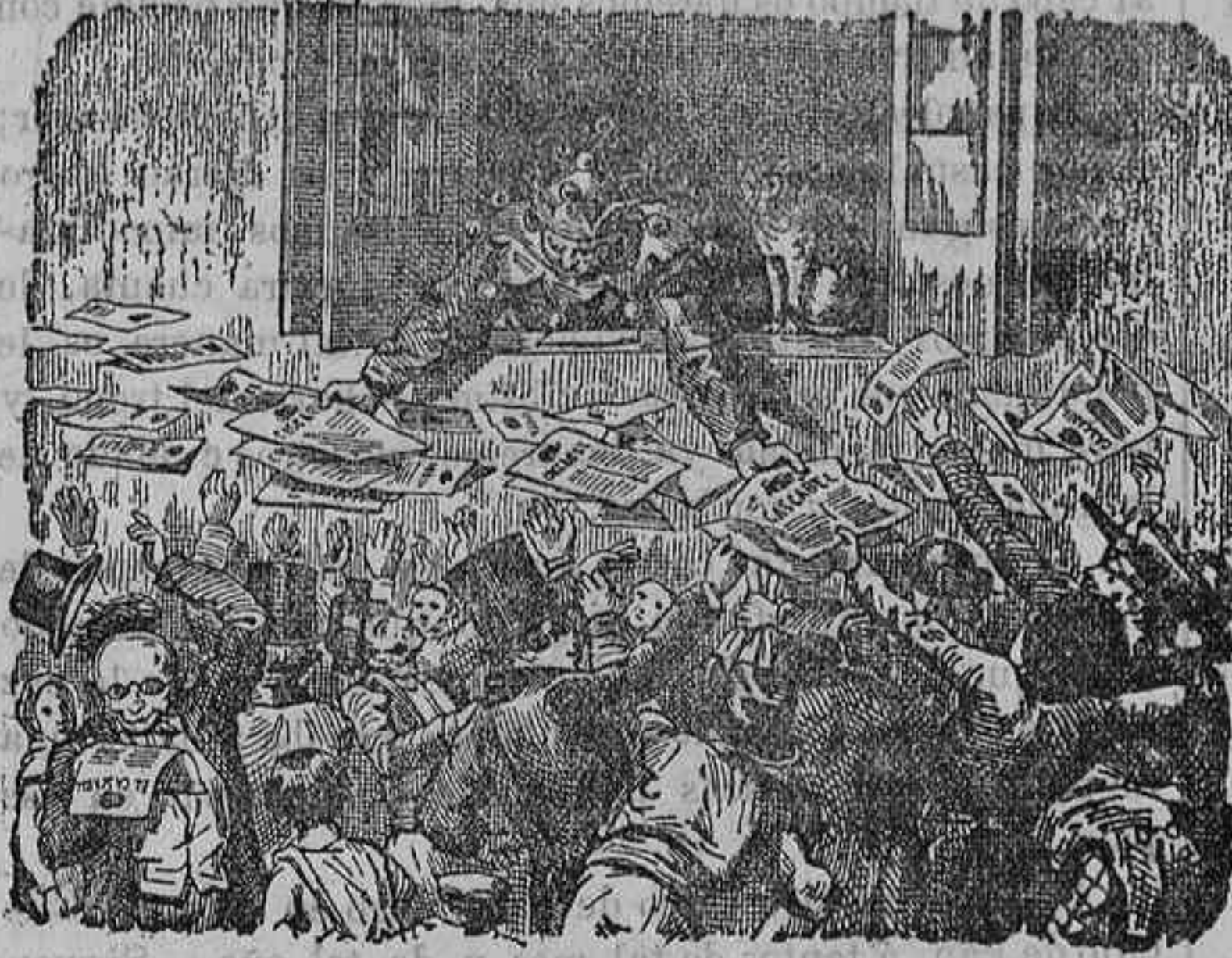
Tres meses . . . . . 9 rs.
Seis id. . . . . 16
Un año . . . . . 30

PROVINCIALES.

Tres meses . . . . . 10 rs.
Seis id. . . . . 18
Un año . . . . . 34

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRAÑERO.

Tres meses . . . . . 22 rs.
Seis id. . . . . 38
Un año . . . . . 74

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.
Se suscribe en la Habana. Propaganda literaria calle de la Habana, núm. 14.

AMERICA.

Seis meses . . . . . 33 rs.
Un año . . . . . 70

WILIPINAS.

Seis meses . . . . . 60 rs.
Un año . . . . . 140

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

DIRECTOR PROPIETARIO D. C. FRONTAURA.

POLÍTICO Y LITERARIO.

ADMINISTRADOR D. F. PEREZAGUA.

El programa, los principios y los fines de El CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

LA LIBERTAD BIEN ENTENDIDA.

—Oiga V. maestro, yo no vengo mas á trabajar.
—¿Por qué, hombre?...
—Porque ahora hay libertad, y cada uno puede hacer lo que le dé la gana.
—Seguramente; solo que si no trabajas, te morirás de hambre.
—Trabajaré cuando quiera.
—Bueno, pero vivirás con las mayores privaciones, y no tendrás ahorro ninguno para una enfermedad, ni te querrá la Pepa, pues ya ves tú que un haragan no es una buena proporcion para casarse una mujer...
—Pues yo quiero la libertad y no quiero que nadie me mande.
—Pues hijo, mientras tengas necesidad de trabajar, mientras seas un ignorante que á los veinticinco años no sabes leer ni escribir, tendrás que sufrir que te mande yo, si estás en mi casa, y no podrás de ninguna manera evitar la dependencia en que ha de estar el que no sabe...
—Pues yo soy tanto como V.
—Como hombre, sí; hijo de Dios eres, y mereces el amor de los demás; pero como miembro útil á la sociedad, yo lo soy mas que tú, porque yo sé y porque tú no sabes, porque yo tengo amor al trabajo y tú no le tienes, porque yo gano el pan con mi trabajo y tú no quieres ganarlo asi...
—Pues la libertad...
—Mira, grandísimo cernícalo, la libertad no es el vicio, ni la holgazanería, ni la desvergüenza; la libertad es la garantía del hombre honrado y trabajador; le da derecho de intervenir en la política, es decir en la eleccion de los que han de gobernar, le da la seguridad de que no será violado su hogar, de que podrá aprender é ilustrarse y espresar libremente sus ideas, teniendo derecho á que se le respeten; lo que no puede hacer es imponérselas á nadie, ni usar de la libertad en daño del prójimo, porque entonces tendrá tanto de liberal como yo de monja profesa.
—Me ha convencido V., maestro.
—Me alegro; pues ponte á trabajar, y ¡viva la libertad! que es como decir:—¡Viva la honradez y viva el trabajo!
—Diga V., vecino, ¡vámonos hoy de merienda?
—En verdad que está hermoso el dia, y si no tuviera que trabajar...
—Pues yo he cogido el dinero que tenia guardado para pagar el trimestre de la contribucion, y me voy con la familia á la Fuente de la Teja.
—Pues que, ¿piensas cerrar la tienda para no pagar la contribucion?
—¿Qué he de cerrar? Pero ahora tienen que ir abajo todas las contribuciones...
—Hombre de Dios, no digas tonterías.
—¡Hay libertad!
—Por lo visto, la que tú quieres es la libertad de no pagar, y no otra.
—Todas, todas las libertades.
—Bueno, todas las libertades te se darán menos las

absurdas. No digo que no te se rebaje la contribucion, porque con menos dinero del contribuyente podrá hacer mas un gobierno liberal que un gobierno tiránico; pero eso de no pagar nada, no es posible ni sucede en ningun país.
—Pues entonces, ¿para qué quiero yo la libertad?
—Para que no seas un zote, para que puedas aprender lo que es derecho, y lo que es trabajo, y lo que es impuesto, y lo que es patriotismo, cosas que antes nadie se cuidaba de enseñarte, atento como estaba el gobierno á que todo el mundo estuviese en la ignorancia, para explotarle él. Pero de esto á presumir que la libertad consiste en convertir la sociedad en olla de grillos y merienda de negros, va mucha diferencia.
—¿A dónde vas, chico?
—Padre, voy á matar á uno.
—Ave Maria Purisima.
—Sí señor, á aquel tio que el año pasado me llevó á la cárcel y me tuvo allí ocho dias...
—¿Eras culpable?
—No señor.
—Pues mira, entonces mas castigado está él que te llevó á la cárcel, que tú que fuiste.
—Por eso voy á matarle.
—No, hijo mio, porque entonces es cuando merecerás que te lleven á la cárcel, y te llevarán.
—No señor, que ya hay libertad.
—Oye, oye, ¿crees tú que hay libertad para matar á nadie? ¡Valiente chasco te llevas! Sal, sal á la calle y mata á ese que te llevó á la cárcel, y verás como los mismos hijos del pueblo, armados, te llevan á la cárcel codo con codo. La libertad no es la venganza, ¿entiendes?... La libertad no autoriza á nadie á tomarse la justicia por su mano; si tienes evidencia de que ese hombre á quien quieres matar está haciendo algun daño, da parte, contribuye á que le juzguen los tribunales.
—Eso seria delatarle...
—Justo.
—Eso no lo hago yo.
—Y haces bien, porque entonces te igualarias con ese hombre, y menos te atreverás á matarle...
—¡Eso sí!...
—Calla, y no digas lo que no siente tu corazon. Déjalo en paz, que acaso se arrepentirá del mal que haya hecho, y podrá llegar á ser hombre honrado.
—Tiene V. razon. Voy á decirle...
—Vé, si quieres, á decirle que aunque te agravió, le perdonas.
—Si no dice:—¡Viva la libertad!—le mato.
—No le obligues á nada. La libertad no quiere nada por fuerza, y respeta todas las opiniones. Si ese hombre no es liberal de corazon, por mas que le hagas victorear á la libertad, no lograrás convertirle.
—Tiene V. razon, no voy á decirle nada.
—Mejor es.
—Papá, ¿me das dinero?
—¿Para qué?

—Para comprar dos resmas de papel; voy á hacer un periódico.
—¡Tú!
—¡Sí!
—¿Y cómo se va á llamar?...
—Se va á titular El sábio.
—¡Bravo! ¿Y quién lo va á escribir?
—¡Yo!
—¡Estará bueno!
—Como cualquiera otro. Hay libertad de imprenta completa, y en teniendo para comprar papel y pagar la impresion, cada cual puede exponer sus ideas.
—Sí, sus ideas sí, pero sus barbaridades, no. Yo amo la libertad de la prensa, pero de esa libertad no pueden usar mas que los hombres que tengan esperiencia de las cosas, los que sobre tener talento, tengan instruccion, los que han sufrido por la causa liberal, los que pueden presentar títulos literarios ó políticos á la consideracion del público.
—¿Y la juventud?...
—La juventud que sabe, escribirá periódicos con templanza, con mesura, con entusiasmo, con ideas fijas, y hará un gran servicio al pueblo; pero esa arma terrible de la prensa no la puede manejar cualquiera, no la puedes manejar tú, que ahora empiezas á estudiar, que no sabes nada; que no sabes siquiera lo que vas á decir.
—Ya tengo escrito el primer número.
—¿Y qué pones en él?
—Un artículo ó profesion de fé socialista.
—¡Bravo!
—Pido que se persiga á todos los empleados de cincuenta años acá.
—¡Bravísimo! entonces que me lleves á la cárcel á mí.
—Que se les secuestren los bienes.
—En eso tú te perjudicarias, porque los míos son tuyos.
—¡Calle! es verdad. Tambien pongo un artículo sobre la libertad de cultos.
—¿Y sabes tú lo que es eso?
—Sí señor, que no haya culto ni clero...
—Mira, chico, no digas desatinos: cuando hayas cultivado tu inteligencia, cuando seas un hombre culto y no un mono, entonces podrás hacer un periódico y hablar de libertad de cultos, y no ponerte en ridiculo.
—Pues hay libertad y yo voy á hacer mi periódico.
—Pues como hay libertad, en cuanto hagas tú el periódico, saldré yo diciendo en un comunicado que haga el público el favor de no hacer caso de tus tonterías, aunque verdaderamente no necesitará el público, para hacer eso, que yo se lo advierta. Y en fin, como hay libertad, ni te doy dinero para papel, ni te pago la impresion, y si persistes en tu idea, te deslomo.
—¡Ahí va ese! ¡Valiente tio!
—¿Quién es ese...?
—¡Qué! ¿no le conoces...? Ese tan rico, que tiene siete casas en Madrid. ¿Qué ha hecho él para tener tanto di-

nero...? Nada; su padre fué el que se lo dejó todo... ¡Y nadie le dará un garrotazo!

—¿Y por qué le han de pegar...! Porque es rico, no me parece motivo suficiente.

—No se le olvida ningún mes enviar el recibo al inquilino.

—¡Ya lo creo! y hace bien; tampoco á tí te se olvida que el maestro te pague tu trabajo.

—Yo soy un pobre.

—Me parece que eres mas pobre de lo que presumes, pues no solo te falta el dinero, sino tambien el juicio. Si ese hombre es rico, válgale su fortuna, y si tiene casas, naturalmente las tiene para que le produzcan una renta; para eso ha gastado en edificarlas y paga contribuciones y ocupa á un sin número de jornaleros.

—Pues ahora, cuando vaya á cobrar á casa ha de oír cosas buenas.

—Cuando vaya á cobrar, le pagarán todos los inquilinos...

—Ahora hay libertad.

—Sí, libertad para hablar, pero no para insultar; para trabajar pero no para holgar; para cumplir los deberes pero no para ser tramposo ó petardista.

—Yo no puedo ver á los ricos.

—Pues sino te mueres vas á vivir muy disgustado, porque siempre tiene que haber pobres y ricos, porque ricos y pobres son igualmente necesarios... Lo que hay que procurar es que los ricos y los pobres sean igualmente honrados, y que los unos protejan á los otros, y estos presten á aquellos el concurso de su trabajo con buena voluntad y que con buena voluntad y amor se les pague.

—Pues yo creía...

—¿Crees que la libertad era otra cosa?... Pues hijo mio, no, la libertad es el orden, la paz y la armonía entre todos, la tranquilidad del hogar, y el amor al prójimo. —Si eres cristiano, no puedes menos de ser liberal, porque la primera palabra de la libertad fué la que Dios dijo: *Amaos unos á otros.*

## MANIFIESTO

QUE DIRIGEN Á LOS ESPAÑOLES LOS SEÑORES DE LA CAMARILLA.

## ESPAÑOLES:

Al poner los *pieses* en tierra francesa, nuestro primer pensamiento ha sido volver los ojos á esa que fué para nosotros otra Jauja, y dirigimos nuestra voz aunque un poco acatarrada, para deciros:

¡Ingratos! ¡Os hemos dado la libertad y no nos lo agradecéis! Si no hubiéramos aconsejado malamente á la persona á quien fingíamos servir, ¿cómo habian de haber reinado en España el favoritismo, la desvergüenza, el desorden administrativo, el fanatismo y la ignorancia?... Y si no hubiesen reinado estos males que nosotros convertimos en bienes para nosotros, ¿cómo os habíais de haber sublevado y conquistado la libertad?... Nosotros os hemos dado, bien á pesar nuestro, la libertad, y todavía no estais contentos, todavía nos poneis cada suelto que nos cruge, todavía nos alejais de esa España que seguramente no nos ha de poder olvidar jamás.

La revolucion la hemos hecho nosotros, que de tal manera gobernábamos que no podia menos de suceder al fin que os diesen ganas de hacer un supremo esfuerzo y arrojarnos para siempre del país.

Francamente, os diremos que no era esa precisamente nuestra intencion, porque nos figurábamos que erais unos infelices, capaces de sufrir hasta lo imposible, y que seguiríamos haciendo nuestra real gana todo el tiempo que durase nuestra vida. Vosotros nos la habeis urdido muy bonitamente, preciso es que lo confesemos, y á estas horas nos hallamos en tierra estraña, y vosotros os podeis proporcionar, si teneis prudencia y union y no abusais de la libertad, un magnífico porvenir de bienestar y tranquilidad.

El bienestar material no nos faltará á nosotros, que ya estabamos preparados por si llegaba el trueno gordo; pero el moral es el que nos tendría con cuidado, si fuésemos capaces de apurarnos por eso.

Espanoles, dejadnos volver entre vosotros, premiados así el mérito que no nos podeis negar, sin notoria injusticia, de haber contribuido poderosamente, aunque con diferentes miras, al triunfo de la revolucion: dejadnos ir á esa tierra que creemos la de promision para nosotros, y con *Cajas de imposiciones y descuentos* alguno, y otro con su *gallarda* figura y su gracia y sandunga, y el otro con su *llave de oro* y su *Camino recto*, y la otra con sus *éxtasis* y su *mágica blanca y negra*, nos haremos seguramente una posición desahogada, y ¡quién sabe si

al cabo de tiempo os haremos una jugada que os deje con la boca abierta y nos vuelva á poner en candelero!

Espanoles, una última advertencia os debemos hacer; si por casualidad eligierais otro rey y os dieran luego terribles ganas de libraros de él, avisadnos inmediatamente, nosotros le tomaríamos por nuestra cuenta, le ofreceremos nuestros servicios, y de tal manera os le pondremos que será cosa facilísima echarle del trono, y para mayor facilidad ya tendremos nosotros cuidado de largarnos antes y con antes.

Al terminar estas cortas líneas, no podemos menos de manifestaros el profundo disgusto que nos ha causado saber que no os habeis comido unos á otros, y que la paz reina en España cuando suponíamos que iba á haber una de palos que ni moscas habian de poder vivir en ese país.

Dado en nuestro Circo de Paul, digo en nuestro Circo de Pau, á tantos de tal mes y de tal año.—Siguen las firmas.

## HULKEM.

Cuento Oriental.

—Ya ves, dijo á Helin, el peligro á que me he espuesto por querer servirte; toma, amigo mio, cuanto ahora quieras de mis arcas, y sirva eso, si no de consuelo á tu pesar, de medio para facilitar tu venganza.

Helin desesperado le saludó y se alejó.

Y Hassan se dijo:

—Hulken no hubiera hecho seguramente lo que yo acabo de hacer.

Algunos dias despues de esta aventura, Hassan vió pasar un palanquin, escoltado por un apuesto ginete, en quien reconoció á Helin; este reconoció tambien á su protector, y deteniéndose le dijo:

—Ya soy dichoso, señor. Selina vuelve á mi hogar, y ¿sabéis á quien debo esta dicha? á Hulkem.

En cuanto supo mi desgracia, fué á ver al califa.

—Poderoso señor, le dijo: vengo á advertirte de una conspiración fraguada, no contra tu vida, sino contra tu gloria. Y le refirió la criminal accion de Ibrain.

Tu pueblo te adora, añadió, porque eres bueno y justo; pero no sufrirás que á la sombra de tu nombre tus favoritos ejerzan una tiranía, de que la historia podrá hacerte responsable. Ibrain fué castigado. Selina, entregada al buen Hulkem, y Hulkem, poniéndola en mis brazos, ha devuelto al alma la felicidad perdida.

Hassan no pudo escuchar mas; los elogios que se prodigaban á Hulkem eran para él motivo de despecho y de vergüenza. En tanto que ese hombre viva, se dijo, no podré ser dichoso; la tranquilidad, la gloria, la felicidad, todo me lo roba ese rival aborrecido. ¡Oh! es preciso que muera Hulkem: los dos no cabemos en el mundo.

Dominado de esta siniestra idea, Hassan se dirigió disfrazado á la casa de Hulkem, preguntó por él y le dijeron que se hallaba ausente. Iba á seguir el camino con objeto de encontrar á su rival, á quien se esperaba de un momento á otro; pero detúvose ante una sencilla casa de pobre apariencia; mas que la casa, le habia cautivado la atencion, la presencia de una jovencita que sentada en un banco próximo contemplaba algunas bellisimas flores, cautivas en un vaso de tan buen gusto como sencillo. Hassan admira la hermosura de aquella niña; cálmase su cólera; olvida á Hulkem, y no ve mas que á la inocente Zulima, quien al verle, se le acerca diciendo:

—Joven extranjero, entrad si os place en nuestra pobre morada; mi padre está ausente; pero yo he aprendido de él á recibir á los huéspedes, y no le echareis de menos.

La seductora Zulima hizo traer fruta, dátiles, naranjas y leche, é invitó al extranjero á aceptar aquel frugal convite. Un instante despues tomó la guzla, y uniendo su voz dulce y penetrante á los armónicos acordes del instrumento, hizo experimentar á Hassan un placer que le era completamente desconocido.

¡Oh, celeste belleza! exclamaba Hassan. ¿Eres humana criatura, ó eres ángel mensajero del bien y el amor?

Hassan quiso correspondér á su vez á recibimiento tan lisonjero, y cantó con sentida y vibrante voz algunas canciones árabes.

El sol iba á ocultarse ya detrás de las vecinas montañas, cuando por el camino se vió venir á un respetable anciano.

—¡Padre mio! exclamó Zulima, saliendo á abrazarle.

El anciano besó en la frente á su hija, estrechó la mano del extranjero, y le preguntó su nombre, que Hassan ocultó con el de Nadir.

—¿Y qué te conduce á mi pobre albergue? le preguntó el anciano.

—El deseo de ver por mi mismo si Hulkem merece la gloria y los dictados de justo, bueno, sabio, generoso y modesto que le da el pueblo; si es, en efecto, el mejor de los hombres.

—Así lo creen, repuso el anciano; pero yo...

—¿Tú no lo crees? se apresuró á preguntár Hassan.

—Tengo grandes motivos para estar descontento de Hulkem.

—¿Tú no le crees tan sabio, tan justo, tan bueno, tan generoso, como le cree el pueblo?

—Libreme Dios de caer en ese error.

—Él te bendiga, añade Hassan. ¡Cuán grande es mi alegría al hallar un hombre que, respecto á Hulkem, piensa como yo!

—Ven, dijo el anciano; supuesto que pensamos del mismo modo, debemos ser amigos; ven conmigo á mi pobre cabaña: no encontraremos seguramente nada de lujo y magnificencia; pero todo lo que hay en ella, todo es tuyo... ¡Pueda yo á este precio reparar todo el mal que parece te ha hecho Hulkem!

—Seguramente que sí.

—¡Oh! si yo me atreviese...

—Pide y no vacilles.

—Tu hija...

—¿Cómo?

—Tu hija para esposa mia.

—No me has comprendido, amigo mio, interrumpió el anciano; es su corazón lo que pides, y ese no me pertenece.

—¡Ah, padre mio! exclamó Zulima abrazando al buen viejo: ¿quién puede poseerlo mas que tú?

—Sí, hija mia; mio es sin duda tu corazón, pero es el corazón de una hija, y Nadir me pide el corazón de una amante: ¿qué dices, Zulima?

La hermosa joven fijó los ojos en sus flores; un ligero carmin saltó á sus mejillas, y con voz mal segura, contestó:

—Yo no conozco aun á este extranjero...

—Yo soy Hassan, dijo el rival de Hulkem... perdonadme si con este nombre...

—¡Hassan, repitió Zulima, el benéfico, el magnánimo Hassan!... El corazón me lo decía, padre mio, dijo al anciano, y se retiró á su aposento.

—Hombre generoso, dijo el padre de Zulima, bendigo al cielo que ha querido conducirte á mi pobre cabaña, y que pongas tus ojos y tu amor en mi hija idolatrada.

Mas súbito, cesó de hablar, miró al joven con atencion, despues guardó silencio algunos momentos. Hassan esperaba con respetuosa humildad; nada habia visto hasta entonces tan imponente, tan noble, como la cabeza de aquel venerable anciano.

Este continuó:

—No debo engañarte, poderoso Hassan, tienes un temible rival.

Hassan palideció.

—¿Un rival? ¿quién es?

—Hulkem.

—¡Hulkem! ¡Hulkem! Siempre ese hombre en mi camino. Si voy á hacer un bien, él lo ha hecho antes; si empiezo una accion generosa, él la termina; si deseo alguna cosa, él la posee; su nombre está en todos los labios y en todos los corazones, y él mio apenas se cita; en fin, yo adoro sobre todas las cosas de este mundo á Zulima, y él, precisamente él, es mi rival. ¡Oh! decidido estoy, es preciso que ese hombre muera á mis manos.

—Y yo voy á proporcionarte medios de cumplir tu venganza añadió el viejo, escucha: todas las mañanas Hulken va al bosque próximo á horar por la felicidad de los hombres: en ese momento puedes satisfacer tu justo furor.

—¡Va á orar por sus semejantes! exclamó Hassan con visible emocion; y despues de un momento continuó: —¡Oh! no importa; es mi rival; no puedo perdonarle... ¿Quieres indicarme el sitio adonde va todos los dias?

El viejo condujo á Hassan al bosque, y le señaló una pequeña eminencia cercada de árboles.

Hassan pasó el dia en la cabaña del anciano; estuvo agitado, inquieto, distraído; ni las palabras de amor y de consuelo del padre de Zulima, ni los cantos de esta, pudieron hacer asomar una sonrisa á sus pálidos labios. El silencio de la noche hizo mucho mas penoso el tormento que todo el dia habia sentido en el fondo de su alma. Antes de ser de dia dejó el lecho: largo tiempo estuvo vacilando entre el bien y el mal, pero al fin el mal venció.

—¡No, no haya piedad para ese miserable! exclamó; y arrojándose de un puñal, salió de la cabaña en donde no estaban ya ni Zulima ni su padre.

—¿Cuán digno de lástima soy! decía dirigiéndose al bosque.

Llegó por fin: buscó el sitio señalado para el fatal delito, y en él halló á un anciano, que en actitud humilde, prosternado, parecia profundamente absorto en sus oraciones.

—¡Oh! no, exclamó Hassan al verle; no morirá Hulkem, ¡Lejos de mí el arma homicida! una vez á lo menos quiero vencerte en generosidad; sea Zulima tu esposa; yo no la quiero si ha de costarme un crimen.

En aquel momento Zulima salió de entre la arboleda, y el anciano se alzó del suelo.

—¿Cuál sería la sorpresa de Hassan al conocer en Hulkem al hombre generoso que le habia dado hospitalidad?

—¡Hassan! exclamó Zulima con un acento que dejaba adivinar todo un amor.

—¡Tuya es mi hija! dijo Hulkem llorando de placer; esta prueba que te he hecho sufrir me ha convencido de que tu corazón es mas generoso que lo que tú mismo crees... Hijos míos, que el ángel de la paz cierna eternamente sus blancas alas sobre el templo de nuestro amor.

—¡Hulkem! ¡Hulkem! exclamaba Hassan, no, no puedo admitir tanta generosidad... Yo que he querido ser tu asesino... ¡Oh! Aunque tú me perdones no puedo perdonarme yo.

—¿Dudas de la bondad de mi padre? repuso Zulima.

—¿Habias de ser tú el único mortal para quien su corazón no fuese tan grande y magnánimo?...

—¡Haz dichosa á mi hija! añadió Hulkem. Yo te la doy, porque tú solo eres digno de su amor.

—Ahora comprendo, dijo Hassan, por qué ninguna de mis buenas acciones podia darme esa felicidad que tú gozabas; ¡tú amas á los hombres, y yo solo me amaba á mi mismo. Yo te imitaré desde hoy y seré feliz.

## LA CARIDAD.

Una delicada flor  
Mustia estaba y sin colores  
Y sus hermanas las flores  
La miraban con dolor.  
Cerca la muerte veian  
De la flor antes galana;  
Y en voz baja: —¡Pobre hermana,  
Pobre hermana se decian.

La aurora una vez brilló  
Y al dar luz al bosque umbrío  
Blancas perlas de rocío  
En la flor depositó.  
Un suspiro de placer  
Ella exhaló estremecida;  
Por sus pétalos la vida  
De nuevo sintió correr;  
Alzó su tallo gentil,  
Aspiró con ansia el viento,  
Y fué de nuevo ornamento  
Y delicia del pensil.  
Y agradecida á la aurora  
Que con su vital esencia  
Libró su pobre existencia

De la muerte aterradora,  
En dulce aroma envolvió  
El rocío fecundante  
Que se evaporó, y radiante  
A los cielos se elevó.  
Así un niño le decía  
A su madre con cariño,  
Y su relación el niño  
De este modo proseguía:  
—Del cielo el rocío bajó  
Y de nuevo subió al cielo,  
Bajó para dar consuelo,  
Y como ofrenda subió.  
¿Qué ejemplo el mortal encierra  
Que pueda brillar así?—

Y la madre dijo:—Si,  
Si existe sobre la tierra.  
Es rocío la caridad  
Que Dios desde el cielo envía,  
Sin este bien, ¿qué sería  
De la débil sociedad?  
El pobre necesitado  
Por ella recobra aliento,  
Por ella el dolor violento  
Se mira al fin consolado.  
Después con ligero vuelo  
El bien que se ha recibido  
En oración convertido  
Como aroma sube al cielo.

Valencia.

RAFAEL BLASCO.

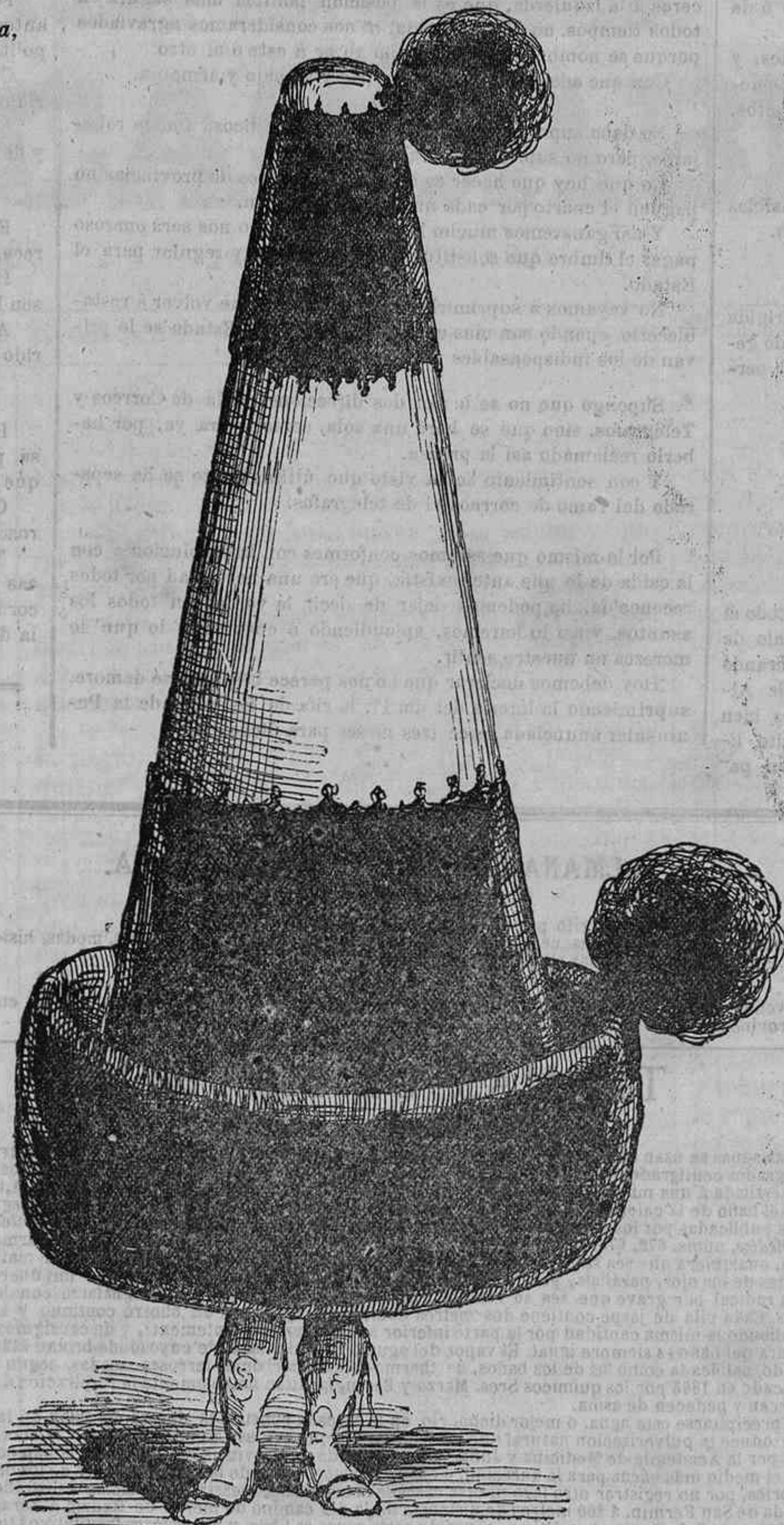
LECCION POÉTICA.

Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana,

escrita por MORATIN.

(Continuacion.)

Suena algazara; cada cual despegó  
Un frasco y otro; la embriagada gente  
Empieza á improvisar, y ¿quién se niega?  
¿Qué sirve componer divinamente,  
Con largo estudio, en retirada estancia,  
Si delirar no sabes de repente?  
Cruzan las copas, y entre la abundancia  
De los brindis alegres de Liceo,  
Se espera de tus versos la elegancia.  
Mira á Camilo, desgreñado y feo,  
Ronca la voz, la ropa desceñida,  
Lleno de vino y de furor pimplo,  
Cómo alegre el convite, y la avenida  
De coplas suyas con estruendo suena,  
De todos los oyentes aplaudida.  
La quintilla acabó; los vasos llena  
Fiel asistente, de licor precioso;  
Vuelve á beber y á desatar la vena.  
«Bomba, bomba!» repite el numeroso  
Concurso, y cuatro décimas vomita  
Con pié forzado el bacanal farioso.  
Y ¿qué? tú ¿callarás? ¿Nada te excita  
A mostrar de tu musa la afluencia  
Cuando la turba improvisante grita?  
¿Temes? No hay que temer: la competencia  
No te desmaye, y las profundas tazas,  
Amigo, desocupa con frecuencia.  
Ya te miro suspenso, ya adelgazas  
El ingenio, y buscando consonante,  
En hallarle adecuado te embarazas.  
¿A qué fin? Con hacer en un instante,  
Aunque no digan nada, cuatro versos,  
Mezclados entre sí, será bastante.  
¿Juzgas acaso, que serán diversos  
Do los que dieron á Camilo fama,  
Ó mas duros serán ó mas perversos?  
No porque alguno Pindaro le llama,  
Oyendo su incesante taravilla,  
Juzgues que núnen superior le inflama.  
Los muchachos le siguen en cuadrilla,  
Pues su musa pedestre y juguetona  
Es entretenimiento de la villa:  
Si arrebatarle quieres la corona,  
Y hacer que calle, escucha mis ideas;  
Verás que nadie su talento abona.  
Chocarrero y bufon, si tú deseas  
Aplauso popular, debes hacerte:  
Verás que así feliz nombre te granjeas.  
La pluma correrá de aquesta suerte



Proyecto de monumento en honor de aquel que siendo gobernador de Madrid abofeteaba á los presos políticos.

Con mas facilidad, y sin fatiga  
Aquí y allí las necesidades vierte.  
Así, aplaudido entre la turba amiga,  
Gente de cascabel y de botarga  
Hará que el vulgo su dictámen siga.  
Con tal autoridad, luego descarga  
Retruécamos, equívocos, bajezas,  
Y en ellas verterás sátira amarga.  
Refranes usarás y sutilezas  
En tus versillos, bufonadas frias,  
Y mil profanaciones y torpezas.  
Luego esta coleccion de poesías  
Al público darás de tomo en tomo,  
Que ansioso comprará lo que le envías.  
Porque el ingenio mas inculto y romo  
Con obras de esta especie se recrea,  
Como tú con las glorias de Jeromo.  
Todo lo venderás cual ello sea,  
Sin temer que en tus versos el tendero  
Empapele azafran y alcaravea.  
Con esta maña, Fabio, considero  
Que de una en otra gente glorioso,  
Serás de nuestros sabios el primero.  
«Aquél, dirán, aquél es el gracioso  
Autor, que celebró las mataduras  
De un borrico decrépito y sarnoso.  
De un pescuezo las gálicas honduras,  
Y á una inmensa nariz dió cantaleta,  
Citando las Divinas Escrituras (1).»  
¡Por Dios, que he descubierto linda treta!  
¡Feliz hallazgo, amigo! te confieso  
Que me dan ganas ya de ser poeta;  
Que escuchar alabanzas, en exceso  
Anima los espíritus mas frios,  
Con esperanza de feliz suceso.  
Y yo para escribir aun tengo brios,  
A pesar de la nieve de mi frente  
Y de los fatigados años míos.  
Mas oye, mientras abrazar intento  
Este destino, y la apagada idea  
Con apolínea llama se caliente.  
Si tu librillo oscurecer desea  
Al venusino lirico famoso,  
Con quien un literato me marea,  
No con dudosa planta temeroso  
Sigas su estilo débil y rampante,  
Por más que te parezca sentencioso.  
Canta con alto verso y elegante  
De las deidades chistes celebrados,  
Sin perdonar la gloria del Tonante.

(Se continuará.)

(1) Algunos poetas han usado de textos y autoridades sagradas en obras jocosas y truhanescas; este abuso, justamente prohibido por las decisiones de la Iglesia, es, entre todos, el mas intolerable.

CASCABELES.

Entre las medidas adoptadas por la Junta revolucionaria de Madrid, merece especial elogio el nombramiento hecho en favor de D. José Belart de alcalde del Saladero. Abandonado tan delicado puesto por el alcalde nombrado por la pasada situación, en momentos en que la noticia del gran movimiento nacional que se estaba operando ponía en conmocion á los presos de aquel establecimiento hasta el punto de amotinarse é intentar forjar las cerraduras, el señor Belart, tenedor de libros que era de la alcaldía, por un rasgo de valor civico digno de imitacion, acudió al sitio donde se amotinaban los presos, y haciéndoles oír la voz del deber en una sentida y enérgica exhortacion que les dirigió, logró restablecer el orden con peligro inmediato de su vida.

El Sr. Belart es hijo de un bravo y pundonoroso coronel que peleó en la guerra de la Independencia y en la de los siete años, habiendo quedado postergado en su honrosa y larga carrera por

sus ideas liberales. El nombramiento, pues, que ha hecho la junta es doblemente justo. De desear sería, y así lo esperamos de la justificacion del nuevo gobierno que venga á regir los destinos del país, que confirme el nombramiento, que no es por ahora mas que interino.

El conocido y apreciable escritor demócrata señor Pi y Margall llama progresista inepto al general Espartero en una carta que desde París dirige á *La Epoca*.

Nos parece un poco fuerte la calificación.

Nos parecen sensatas estas líneas que tomamos de *El Pueblo*: «Seguiremos siendo tan impresionables como hasta el día los liberales? Nos pegaremos de gritos y de música, como en otras ocasiones? No nos habrá enseñado nada la experiencia dolorosa del 37, 43 y 56? Seamos serios y graves. Nada de escesos, pero menos de ruido y vanagloria.»

Ahora entra la tarea mas difícil para el gobierno; la reparticion de destinos.

Prémiese solo el mérito: colóquese á los cesantes; consérvese

en sus puestos á los empleados de reconocida competencia; suprimanse empleos y rebájense sueldos.

Si no, no habremos hecho nada.

Los periódicos extranjeros empiezan á publicar candidaturas para el trono vacante de España.

Lo mas acertado sería elegirme á mí.

En dándome casa, comida, un palquito en los teatros, libros y periódicos, y media docena de brevas cada día, haría el sacrificio de reinar y no gobernar, por supuesto, continuando con mi *CASCABELITO*, al que entonces para demostrar su adhesion, se suscribiria el reino entero.

El tenor, restaurador, fotógrafo, pirotécnico y capitán general de las gallinas, parece que trata de publicar un manifiesto sometiendo al nuevo gobierno y ofreciéndole sus servicios, y renegando de Marfori y demás familia.

Descamamos que se abran escuelas públicas para los trabajadores que no sepan leer y escribir. Esto es lo primero.

